

PSICOANÁLISIS Y PSICOTERAPIAS CONTEMPORÁNEAS: UNO EN UN MILLÓN

Rivas, Carlos¹

RESUMEN

Este trabajo esboza un panorama que muestra la coexistencia de distintas maneras de entender y afrontar el malestar subjetivo en la sociedad contemporánea. Primero, hace un recuento del espectro de la oferta de este tipo de servicios de ayuda. Luego discute una posible explicación para esta diversidad y, finalmente, reflexiona sobre la situación del psicoanálisis en este contexto. Específicamente, este ensayo intenta articular un posible posicionamiento de la tradición psicoanalítica frente a tal pluralidad de opciones, a saber, aquel que asume a la teoría como una forma de acción social.

DE LAS CUATRO FUERZAS A LA FUERZA CENTRÍFUGA

Está lejos el tiempo en el que la discusión epistemológica dentro de la psicología se reducía al intento por demostrar cuál de todas las teorías existentes era la mejor representación de la psique humana. De un escenario limitado a la presencia de lo que tradicionalmente se ha dado en llamar las cuatro fuerzas –psicoanálisis, conductismo, cognitivismo y humanismo–, dentro de una disputa orientada, fundamentalmente, a reducir el lenguaje de una a la de otra, se ha pasado

1 La correspondencia puede ser enviada a carrivas@ucab.edu.ve

a la coexistencia, tensa en ocasiones, de los múltiples planteamientos que prometen el bienestar subjetivo.

Es así que la oferta actual de psicoterapias, muestra de los distintos modos de entender la realidad psicológica, resulta avasallante.² Observemos las memorias de un encuentro sobre “las otras voces de la psicología” para ir desplegando un posible mapa que nos guíe en la exploración de esta situación:

La mayoría de los participantes se identificaron con una u otra tradición no dominante y/o progresiva, entre ellos postmodernistas, construccionistas sociales, deconstruccionistas, marxistas, feministas, psicología radical, terapia narrativa, terapia social, psicología cultural-histórica, teoría de la actividad y teoría crítica (¡a pesar de una aversión colectiva a las etiquetas!) (Holzman y Morss, 2000: 8).

Aparece aquí un primer criterio para ordenar el panorama, a saber, aquel que distingue entre psicoterapias reconocidas como dominantes de aquellas que no lo son.³ Dentro de las aproximaciones dominantes, se incluyen todas las aplicaciones derivadas de las cuatro fuerzas ya

-
- 2 Según una opinión ampliamente generalizada (véase, por ejemplo, Magherini, 1998), el número de psicoterapias se encuentra por encima de las quinientas, y aumenta a medida que, con el tiempo, se descubren o se inventan nuevas maneras de hacer frente al malestar subjetivo (véase la entrada *psicoterapia*, en Roudinesco y Plon, 1998).
 - 3 Esto lleva a pensar, desbordando los límites de esta discusión, que la presencia de “lo alternativo” es una de las características de la cultura contemporánea, la cual ha permeado, incluso, en el campo del tema que nos ocupa. Así como los deportes tradicionales han sido desplazados por los de “alto riesgo” y por las variaciones de actividades recreativas conocidas (de la patineta *-skateboard-*, al *snowboard*, *sandboard*, *skyboard*, por nombrar una sola de estas cadenas de mutaciones que paulatinamente van adquiriendo el estatus de evento deportivo); así como en el campo de la medicina la homeopatía, el naturismo, la acupuntura le han restado espacio a la aproximación alopatía; así como las grandes religiones pierden adeptos que migran hacia otras formas de espiritualidad (hacia los evangélicos, las distintas sectas, las religiones orientales y, en general, hacia ese gran saco de creencias inconexas conocido como *Nueva Era*); el campo de la salud mental se encuentra atravesado por esta categoría, de manera tal que las psicoterapias pueden clasificarse, en primera instancia, como *convencionales* o *alternativas*.

mencionadas. Sin embargo, debemos destacar que, aún dentro de cada una de ellas, la fragmentación parece ser la nota característica.

Así, cuando se habla de 'Psicoanálisis', no se alude a un planteamiento homogéneo. Antes bien, con tal rótulo se designa a una "familia" de teorías más o menos cercanas, según se tome una u otra orientación, las cuales tienen su fundamento inicial en el pensamiento de Sigmund Freud.⁴ Limitémonos, entonces, a nombrar algunas de esas maneras específicas del psicoanálisis: *psicoanálisis freudiano ortodoxo*, *psicología individual* de Adler, *análisis junguiano*, *análisis del carácter* de Reich, *terapia de la voluntad* de Rank, *relaciones objetales* de Klein y la *orientación lacaniana* entre muchas otras.⁵

Para complicar más el panorama, dentro de esta categoría debe distinguirse el psicoanálisis propiamente dicho de la *psicoterapia de corte psicoanalítico*, la cual se estructura a partir de parámetros técnicos distintos al primero, aún cuando conserve mucho de su fundamento teórico. Dentro de esta última destaca la *psicoterapia breve*, nuevamente, con variantes importantes de un autor a otro (Sifneos, Malan y Bellack entre los más importantes).

4 La fragmentación se presenta no sólo dentro de cada tradición sino, incluso, dentro del pensamiento de un autor de dicha tradición. Ya en Freud pueden reconocerse rupturas importantes, representadas por el cambio de los conceptos empleados, los cuales marcan matices o momentos dentro de un modo general de entender la psique humana (antes y después de la introducción de la *pulsión de muerte*, por ejemplo). Más aún, cada seguidor va haciendo énfasis en uno u otro momento del corpus de pensamiento de su maestro, de manera que van configurándose nuevas variantes teóricas importantes. En el caso de Jung, para mostrar otro caso, pueden reconocerse, actualmente, tres modos del análisis junguiano, el *clásico*, el *desarrollista* y el *arquetipal/imaginal*.

5 La pertenencia o no de un autor a la tradición psicoanalítica depende de los criterios que se tomen para tal categorización. Por esto, Roudinesco y Plon (1998) reconocen sólo seis grandes escuelas de psicoanálisis: *annafreudismo*, *kleinismo*, *Ego Psychology*, *Independientes*, *Self psychology*, *lacanismo*. Discutir los criterios de pertenencia rebasa los límites de este trabajo, así que optamos por dejar constancia de esta dificultad.

Lo mismo ocurre con las otras tradiciones, la conductista,⁶ la humanista⁷ y la cognitivista.⁸ Todo esto sin contar con los híbridos que resultan del cruce de modelos específicos (*psicoanálisis gestáltico* y *terapia cognitivo-conductual*, por nombrar sólo dos posibilidades de las ya existentes).

En resumen, la oferta de los servicios relativos al bienestar subjetivo se compone de psicoterapias convencionales con infinitas variaciones y psicoterapias no convencionales aún más diversas que las anteriores.⁹ Ahora bien, también se podría hacer frente a esta multiplicidad usando otro criterio para la clasificación, a saber, de acuerdo al *tipo de abordaje* que realizan. Tendríamos así *psicoterapias verbales*, consideradas clásicas dentro de la historia de la psicoterapia, y *psicoterapias no verbales* (véase Wiener, 1999), incluyendo en éstas las orientadas al cuerpo, como la *bioenergética*, las basadas en el movimiento, como la *terapia de la danza / movimiento*, y en las técnicas expresivas, como la *arteterapia* o el *psicodrama*.

Según se ve, ordenar este panorama es ya un problema en sí mismo. De manera que el presente intento no pasa de ser eso, un intento, cuyo mayor inconveniente se ubica en que las categorías usadas para la clasificación distan mucho de ser exhaustivas y mutuamente excluyentes. Pero, dejando a un lado esta dificultad, ¿cómo es que se ha llegado a tal multiplicación de propuestas?

6 Dentro de la tradición conductista (véase Rodríguez-Naranjo, 2000) se encuentran, entre otras: la *terapia de inhibición recíproca*, las *técnicas de exposición prolongada*, el *modelo de recuperación inducida por el estrés de miedos y fobias*, el *procedimiento de exposición*, el *paradigma del condicionamiento clásico aversivo para eliminar conductas desadaptativas* y, de reciente data, la *psicoterapia analítica funcional*, la *psicoterapia contextual* y la *terapia de conducta dialéctica*.

7 Las más representativas en esta perspectiva son la *psicoterapia gestalt*, iniciada por Perls y los *grupos de encuentro*, ideados por Rogers. En general, caben aquí todas las variantes agrupadas bajo el rótulo *Desarrollo del Potencial Humano* (Véase Kort, 1990).

8 Aquí se incluyen todos los modelos específicos de *procesamiento de información* y las distintas formas de *terapia narrativa*.

9 Véase, por ejemplo, *Non Mainstream Psychotherapy and Counselling Resources on the Internet* (2000).

ABANDONARSE A LAS DIFERENCIAS

Una de las pretensiones de la epistemología, al menos dentro de aquellas que se desprenden del proyecto ilustrado, es encontrar la mejor representación de la realidad, es decir, hallar el conocimiento exacto de los fenómenos. Con esta idea puede entenderse el desarrollo de la ciencia, su predominio en cierto momento de la historia y la cruzada que desde ella se emprende contra las otras formas de conocimiento. Sin embargo, no debe olvidarse que ya desde Kant puede reconocerse que un *hecho*, un dato de la experiencia sensible, cobra su forma en función de las categorías que emplea el sujeto del conocimiento para elaborar tal representación. De modo que la realidad no se impone de manera irresistible, sino que aparece mediada por los términos en los que dicha experiencia sensible se tiene. En el caso de la ciencia, entonces, la construcción del conocimiento procede de las categorías propias de la investigación científica —léase del método—, las cuales, pese a pretender la universalidad, no son, necesariamente, universales (véase Lander, 2000).

En este sentido, Rorty (1998) analiza los intentos por encontrar ese lenguaje ideal que dará cuenta exacta de la realidad. Su crítica se orienta a argumentar por qué no existe, ni existirá, un tipo de lenguaje *más verdadero* que otro a la hora de aprehender el mundo. Es decir, busca restarle fuerza a esa creencia, según la cual, la ciencia o la filosofía se encuentran mejor dotadas que otros saberes para captar los fenómenos.

Para resumir la propuesta de este autor, valdría decir que no es posible aceptar el papel conservador que se le suele asignar al lenguaje, casi desde los inicios de la cultura occidental hasta nuestros días. Las palabras no apuntan directamente a los fenómenos. Antes bien, la función del lenguaje se centra, más que en representar la realidad, en darle forma; *el lenguaje construye la realidad*. Para entender esta aproximación, hay que distinguir entre dos niveles; por un lado, el *nivel ontológico*, el cual se refiere al mundo tal y como este es, independiente de los seres humanos; ni verdadero ni falso. Por el otro, el *nivel epistemológico*, compuesto por las descripciones del mundo, por enunciados

articulados a los que es posible atribuir las condiciones de verdadero o falso a partir de la relación entre unos y otros.

En otras palabras, al introducir la distinción entre lo ontológico y lo epistemológico, debe reconocerse que

La verdad no puede estar allí afuera –no puede existir independientemente de la mente humana– porque las proposiciones no pueden tener esa existencia, estar ahí afuera. El mundo está ahí afuera, pero las descripciones del mundo no. Sólo las descripciones del mundo pueden ser verdaderas o falsas. El mundo de por sí –sin el auxilio de las actividades descriptivas de los seres humanos– no puede serlo (Rorty, 1991: 25).

No hay acceso a la verdad del mundo pues la verdad no es una cualidad de éste, sino de los enunciados que a él se refieren. Así, Rorty desplaza la atención de las proposiciones aisladas, como las referidas al aparato psíquico, a la conducta o a los procesos mentales, por nombrar algunas posibilidades, a los léxicos como totalidad; a cada variante del psicoanálisis como cuerpo teórico, al planteamiento gestáltico, a la propuesta budista, según sea el caso.¹⁰

Decir que la verdad no está ahí afuera es simplemente decir que donde no hay proposiciones no hay verdad, que las proposiciones son elementos de los lenguajes humanos, y que los lenguajes humanos son creaciones humanas (Rorty, 1991: 25).

Es decir, que el elemento clave de la discusión, lo que legitima la aparición de la fragmentación epistemológica, de múltiples modos para abordar el malestar subjetivo es que *la verdad es una propiedad de los*

10 Así, la pregunta por la verdad acerca de la existencia del inconsciente, sólo tiene sentido dentro del planteamiento psicoanalítico. Fuera de él, éste es un objeto que no existe. De igual manera, el enunciado “lo psicológico se reduce a la conducta” sólo se entiende en una construcción de la realidad a partir de relaciones funcionales entre estímulos y respuestas. Ahora bien, preguntar cuál de los dos lenguajes es el verdadero, si el psicoanálisis o el conductismo, carece de sentido en todo contexto, pues no existe un criterio último, ontológico, para responder a esta pregunta. Como se verá más adelante, cada uno de ellos tiene límites, como toda herramienta, que los hacen útiles para algunas circunstancias e inútiles para otras.

enunciados, no de los léxicos como totalidad. No es posible encontrar un criterio último, independiente de los hablantes, para determinar cuál es el lenguaje verdadero que da cuenta exacta de la realidad. Cada teoría de la psique es una creación humana, y carece de sentido ubicar su verdad en el mundo; no es posible validar a ninguna de ellas como “El lenguaje” que agota la descripción psicológica, pues cada una, en su formulación, va construyendo su objeto: cada psicoterapia sería la manera de manejar una construcción peculiar de la subjetividad humana.¹¹

En resumen, es en esta condición incierta, contingente y finita, desfundada y desfondada de la actividad epistemológica donde es posible la proliferación de múltiples modos de abordar el malestar subjetivo; en la fragmentación del entendimiento de la realidad, en la imposibilidad de salirse de la “contingencia del lenguaje” (Rorty, 1993), aparece la fragmentación en la comprensión y en el manejo de la existencia humana.

¿SOBREVIVIRÁ EL PSICOANÁLISIS?

De lo dicho hasta acá, puede decirse que, por reconocer que no podemos salirnos de los límites que establecen los lenguajes que usamos para construir la realidad humana, nos encontramos en un momento en el que, como nunca antes en la historia, se combate cualquier intento hegemónico por comprender un fenómeno desde un único saber. Cualquier aspiración a la verdad absoluta, hecha por los defensores de una teoría particular, es rápidamente deslegitimada, muchas veces con buen fundamento, mostrando hasta qué punto Nietzsche tenía razón al decir que los dioses han muerto, que murieron de la risa cuando uno de ellos dijo, “yo soy el único”.

11 Podría pensarse que este tipo de planteamiento abre la posibilidad al relativismo postmoderno. No obstante, Rorty aclara que la construcción de un lenguaje no es azarosa, sino que depende de su utilidad para el logro de los propósitos humanos: “nunca podemos ser más arbitrarios de lo que el mundo nos permite ser. De modo que, aún cuando no exista un Modo en el que el Mundo Es, aún cuando no existe ‘la naturaleza intrínseca de la realidad’, existen presiones causales. Esas presiones pueden describirse de diferentes maneras en momentos distintos y para propósitos diferentes, pero son sin embargo presiones” (Rorty, 1997: 26).

Debe reconocerse que el mayor inconveniente de esta postura es que, a fuerza de estar inmersos en múltiples modos de dar forma a los fenómenos, los sujetos contemporáneos terminan por no estar seguros de ninguno de ellos.¹² ¿Es el malestar el producto de un desorden neuropsíquico, de un conflicto inconsciente, de un problema de aprendizaje o de procesamiento cognitivo, de una situación inconclusa, de una vivencia infantil...? Cada concepción implica una manera de ver y estar en el mundo y, a la vez, una forma de desarrollar tratamientos contra el malestar.¹³

Ante este panorama, lo primero que hay que destacar es que, entonces, cualquier muerte anunciada del psicoanálisis carece de fundamento. Dejada de lado la idea de encontrar el lenguaje con el que 'La Realidad' se muestra, cada propuesta debe conformarse con ser una de las tantas maneras, unas más útiles que otras según el caso, de describir los fenómenos psicológicos humanos. Sin embargo, y siguiendo una metáfora darwiniana, lo que sí puede afirmarse es que el psicoanálisis podría ser desplazado por otros saberes. Es decir, podría caer en el desuso al no circular entre los hablantes. Un lenguaje existe en la medida en la cual es utilizado como herramienta para construir una realidad. Con todo lo útil que pueda ser, podría desaparecer, y ello en función de su olvido. En síntesis, la existencia del psicoanálisis no se reduce a su *utilidad*, una condición necesaria ampliamente demostrada; requiere, además, de su *capacidad para circular*.

Por esto, habría que ubicar las condiciones de posibilidad para la permanencia del psicoanálisis dentro de la sociedad contemporánea. Al respecto, Magherini (1998) emprende una reflexión que bien podría

12 Gergen (1992) ha estudiado este fenómeno, denominándolo *saturación social*. El individuo, al estructurar su narración de vida desde saberes diversos y contradictorios, termina por configurar una *personalidad pastiche*, una autonarración que dificulta la actuación social. Es así que se dice que *la saturación del yo conduce al atontamiento, a la paralización*.

13 Para comprender cómo la práctica deviene de la teoría, rebasándola, véase Peterson (1991).

catalogarse como de *atribución de causalidad externa*. Luego de un recorrido histórico, en el que se muestra cómo aparece y se difunde el pensamiento psicoanalítico y donde, no es para menos, se destacan los logros generados al describir la realidad desde sus categorías, se enfatiza en la idea de que los ataques contra dicha tradición han sido una constante a lo largo del tiempo. Así, parece decirse que la crisis actual no es distinta a cualquiera de las vividas por el psicoanálisis en el pasado.

En concreto, se ubican los detractores contemporáneos -las aproximaciones neurobiológicas y el impacto de Internet-, y se procede a desmontar la crítica que cada uno de ellos supone. Nada se dice respecto a factores internos que podrían dar cuenta de la pérdida de espacio social que atraviesa el psicoanálisis. Tal parece que la tesis que explica la crisis es que “la sociedad contemporánea es incapaz de alcanzar lo mínimo que demanda y requiere el psicoanálisis”.

Ante esto, debe recordarse que si a un psicoanalista llega una persona hablando de todo aquello que, fuera de sí, le impide el bienestar, aquel probablemente le pregunte por el papel que ella juega dentro de la situación. De igual manera, podrían cuestionarse algunas condiciones internas, propias de esta tradición, que pudiesen estar involucradas en la aparición y la exacerbación de las dificultades del psicoanálisis. Hacia allá apuntan las reflexiones de Carlisky, Katz y Kijak (2000). Estos autores reconocen que si el psicoanálisis está en crisis es, precisamente, por la distancia que existe entre las creencias, las actitudes, las expectativas –en una palabra, el imaginario– de los psicoanalistas y el imaginario social de la cultura en la que éste se encuentra. “La no concientización del choque entre un Imaginario Profesional Compartido psicoanalítico, propio de la modernidad, y un Imaginario Social Compartido de la postmodernidad es, a nuestro juicio, una de las principales fuentes de la pérdida de espacio del psicoanálisis” (Carlisky, Katz y Kijak, 2000: 17). Para decirlo de otra manera, hay un desfase entre el texto y el contexto, el cual no parece ser reconocido por quienes se hallan implicados en la permanencia de tal texto.

Así, muchos psicoanalistas, cada vez más, parecen estar fuera de este mundo, deviniendo defensores de un *establishment* psicoanalítico que no tiene asidero en la realidad social contemporánea. Ahora bien, sobre lo lapidario de este reconocimiento, aparece, entre otras cosas, la posibilidad de pensar en alternativas para el psicoanálisis que caen bajo el control de quienes lo asumen como marco conceptual para dar sentido a la realidad; supone que a esta tradición aún le queda mucho por reflexionar sobre sí e implica, finalmente, que el problema no es tan simple como estar situado en un contexto adverso.¹⁴ “El psicoanalista ante el nuevo milenio necesita conocer a fondo estas paradójicas formas de alienación del hombre actual e incluirse en el imaginario social compartido del mismo –aun contestatariamente– para poder ser efectivo en su lucha contra el sufrimiento psíquico” (Carlisky, Katz y Kijak, 2000: 19).¹⁵

En otras palabras, el psicoanalista debe saber de la distancia que lo separa de la sociedad en la cual se encuentra; requiere *tomar postura* frente a su quehacer y frente al estado de cosas que conforma su situación actual. Esto significa, a la larga, reconocer que *el psicoanálisis puede ser entendido como una forma de acción social*. Por *acción social*, una categoría usada por Arendt (1993/1958) para referirse a un modo peculiar de transformar el entorno, se entiende aquella actividad única en la que se ofrece a otro humano una definición de lo humano o, en el caso del

14 En este sentido, de nada vale el desmontaje de la crítica que se opone al psicoanálisis cuando ésta se realiza desde las categorías psicoanalíticas si, precisamente, son dichas categorías las que han perdido legitimidad fuera de los círculos psicoanalíticos. Habría que plantearse el asunto en términos de *atribución de causalidad interna*, de manera que los factores explicativos estén dentro del dominio de los interesados. Así, una de las preguntas posibles sería ¿qué estamos haciendo, o dejando de hacer, nosotros los psicoanalistas, que perdemos espacio social?

15 Esto supone una peculiar concepción acerca de la función del psicoanálisis, a saber, la de la dimensión terapéutica. Podría argumentarse, sin embargo, que el objetivo del psicoanálisis se centra en el develamiento de la verdad propia de un sujeto y que este proceso no puede imponerse desde fuera. Al respecto, debemos recordar que, en estos tiempos, y cada vez con mayor evidencia, los sujetos nada quieren saber de aquello que los causa. Apelar a “lo terapéutico”, al menos en el ámbito social, es pues, una necesidad: la justificación a la labor del psicoanalista, debido a que es esta acriticidad respecto de sí mismo la causa del malestar contemporáneo, al menos desde las comprensiones psicoanalíticas.

psicoanálisis, una forma de alcanzar una definición de lo humano. “Por medio de ella todo agente intenta explicar su propia imagen, hacerla concreta, a la vez que trata de influir y modificar la conducta de otro ser humano” (Desiato, 1996: 68). Su condición básica es la *pluralidad*, la cual aparece toda vez que existen múltiples imágenes para describir la subjetividad, y su necesidad procede de la *incertidumbre*, de estar incapacitado para determinar cuál de todas esas imágenes que circulan es la correcta o, al menos, la mejor. En resumen, la acción social es la apuesta por una de las tantas maneras de ser, junto a su defensa frente a otras posibilidades. Específicamente, significa reconocer al psicoanálisis como uno de los tantos léxicos para dar sentido a la existencia, a la vez que se defiende su uso sobre el de otros juegos de lenguaje. Implica entrar, en definitiva, en la dimensión política del conocimiento: *ofrecer una herramienta lingüística atractiva que lleve en sí la posibilidad de ser asumida por el otro*.

En síntesis, el mayor reto presentado a cualquiera de las variantes del psicoanálisis, en la actualidad, no es la demostración de su veracidad; es, antes bien, su circulación entre usuarios desencantados y escépticos. Para decirlo de otro modo, quizás el mayor problema del psicoanálisis como tradición de pensamiento, hoy día, está en su capacidad para seducir al auditorio a concebirse desde los criterios por él planteados. Como lo recuerda la retórica clásica, no es suficiente con tener una verdad hay que, además, saber ponerla en escena.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1993/1958). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Carlisky, N.; Katz, C. y Kijak, M. (2000). *Vivir sin proyecto: psicoanálisis y sociedad postmoderna*. 2ª ed. Buenos Aires: Lumen.
- Desiato, M. (1996). *Construcción social del Hombre y acción humana significativa*. Caracas: UCAB.
- Gergen, K. (1992). *El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. 1ª ed. Barcelona: Paidós.

- Holzman, L. y Morss, J. (2000). *Postmodern psychologies, societal practice, and political life*. New York: Routledge.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En: Lander, E. (Ed). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales: perspectivas latinoamericanas*. Caracas: UNESCO-Ediciones FACES/UCV.
- Magherini, G. (1998). *¿Sobrevivirá el psicoanálisis?* Madrid: Biblioteca Nueva.
- Non Mainstream Psychotherapy and Counselling Resources on the Internet* (2000). Recibida en Octubre 10, 2001 de la World Wide Web: <http://ourworld.compuserve.com/homepages/selfheal/nonmain.htm>
- Peterson, D. (1991). Connection and disconnection of research and practice in the education of professional psychologist. *American psychologist*, 46, 422-429.
- Rodríguez-Naranjo, C. (2000). *De los principios de la psicología a la práctica clínica*. Madrid: Pirámide.
- Rorty, R. (1993). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, R. (1997). *Esperanza o conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rorty, R. (1998). *El giro lingüístico*. 1ª reimpresión. Barcelona: Paidós.
- Roudinesco, É y Plon, M. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Wiener, D. (Ed.) (1999). *Beyond talk therapy: using movement and expressive techniques in clinical practice*. Washington: APA.